

La beneficencia pública

Fácil es suponer que en un pueblo donde tantas facilidades se ofrecen a la inteligencia y al espíritu de empresa, y donde la educación popular se halla tan difundida, el número de personas destituidas de recursos sea muy poco considerable. Y así es en realidad: los Estados Unidos son conocidos entre las clases indigentes de Europa como el paraíso del pobre: ellos son el recipiente donde se descarga la formidable catarata del pauperismo europeo, ese Niágara de miserias, fruto de la forma monárquica y de la postiza civilización que reinan en los países del antiguo mundo. Y diré de paso que esta calificación no es exagerada; pues Inglaterra, el más civilizado gobierno de Europa, protege en realidad una décima parte de sus súbditos a expensas de las 9/10 restantes, es decir, que para éstas no es en manera alguna gobierno.

La casi totalidad de pobres en Estados Unidos se compone de extranjeros a quienes la ignorancia de la lengua inglesa o el poco tiempo de residencia que cuentan en el país los inhabilita en casos de enfermedad y otros para proveer por sí mismos a su subsistencia. Más de cien mil desgraciados existen en los hospitales y casas de caridad públicas provistos ampliamente de todos los medios que requiere su condición menesterosa; y se colige a primera vista la enorme suma que representa el gasto anual necesario al sostenimiento de esa numerosa colonia de desvalidos.

No sólo en las ciudades sino aun en poblaciones de muy poca consideración hay algún funcionario público encargado de dar asilo y protección a los desgraciados que por alguna causa, independiente de su voluntad, carecen de lo necesario para el sostenimiento de la vida.

En capitales y grandes ciudades, como Nueva York, la policía tiene el deber de dar acogida, especialmente en el invierno, a las personas que le pidan amparo y que se hallen en circunstancias menesterosas; sin

embargo, en la ciudad que acabo de nombrar, la acumulación de extranjeros es tan considerable y las crisis comerciales producen tan graves efectos que en el invierno de 1857 a 58 la policía no pudo asilar sino a la tercera parte de los que, no teniendo alimento ni albergue, se presentaban cada noche y cuyo número pasaba diariamente de 1 200 individuos.²⁶ Debe saberse, no obstante, que entonces había ocurrido una crisis general en los Estados Unidos que produjo una multitud de quiebras y paralizó el comercio, dejando sin trabajo a una porción muy considerable de la clase obrera. Sólo en Nueva York quedaron en esta condición cerca de 100 000 jornaleros y artesanos, más de 40 000 en Filadelfia, y en proporción en las otras ciudades manufactureras y mercantiles de la república.

Los fondos destinados al sostenimiento de la Beneficencia se administran no por individuos, sino por corporaciones popularmente elegidas al efecto; de manera que, aun cuando no se tuviera un respeto religioso y una pureza intachable para todo lo que concierne a esta misión santa, sería casi imposible defraudar ninguna cantidad o distraerla de su propio destino. Este sistema me parece preferible a cualquier otro; particularmente a aquel que, poniendo en manos de un solo hombre nombrado por un ministro, el manejo de los caudales de la Beneficencia, da lugar a que tal vez un infame desalmado sacrifique, en provecho de su fortuna personal, el caudal destinado al pan, al abrigo y a las medicinas del pobre (!).

Diversas asociaciones organizadas fuera de la esfera del gobierno contribuyen a hacer más eficaz la Beneficencia con sus servicios. Aquí como en todas partes la más notable por su abnegación es la de las “Hermanas de la Caridad”.

Todas las edades, todas las condiciones que están al alcance de la miseria, todas las enfermedades físicas y morales encuentran algún asilo donde se alivien o se curen. Hay casas para huérfanos, para personas menesterosas, para las mujeres víctimas de la prostitución que quieren volver al seno de la virtud, para la corrección de los ebrios, para idiotas y locos de cada sexo, en fin, para todo. La cubierta de un buque de guerra bien tenido puede dar una idea del aseo escrupuloso de esas casas: en ellas se vive con toda la comodidad y el bienestar que puede encontrarse en las clases, no ricas, pero que disfrutan una modesta fortuna: allí no falta cosa alguna de cuanto constituye lo necesario a la vida; y aun sin traspasar los límites de una severa economía, se reúnen el orden la limpieza y la

²⁶ Y durante los tres meses del rigor del invierno ascendió a más de 120 000 personas de cada sexo.

elegancia. Una visita a esos lugares desahoga el corazón y lo reconcilia con la sociedad humana a menudo tan fría y egoísta fuera de ellos.

Hay sociedades destinadas a reunir niños o adolescentes pobres para enviarlos a los Estados y territorios del Oeste donde la subsistencia es menos costosa y más fácil en atención a que en esos pueblos nacientes se encuentra en la agricultura medios de satisfacer las necesidades naturales; al paso que la inmensa concurrencia de las grandes capitales embaraza y dificulta en extremo la consecución de este objeto.

Existe otra institución sumamente benéfica que consiste en alimentar y cuidar durante el día a los infantes a fin de que sus madres puedan disponer del tiempo necesario para su industria o para su trabajo. Por la tarde, después de puesto el sol, se devuelve cada niño a la madre. De esta manera una multitud de mujeres se ven libres de las privaciones a que las condenaría la pérdida del tiempo indispensable al cuidado de sus hijos. Otras sociedades distribuyen alimentos, ropa, combustible y medicamentos a las familias menesterosas. El número de las que goza de este beneficio llega a algunos miles.

En el centro de los barrios donde habita la hez del pueblo de Nueva York, hay establecidas instituciones cuyo objeto es rescatar de la miseria y del vicio a las numerosas víctimas que se encuentran en ellos; y, sea dicho en honor de la humanidad, el trabajo infatigable y lleno de abnegación que semejante propaganda requiere gana terreno visiblemente en aquella región oscura de la ciudad-imperio.

Cuando llega el invierno, que es la época de las privaciones y padecimientos del pobre, se suele ver rasgos magníficos de la caridad particular. Tan pronto se lee en los diarios los anuncios de ferias de objetos trabajados por señoras en beneficio de los pobres, como las invitaciones a bailes públicos en favor de los huérfanos de tal o cual denominación religiosa, o la noticia de éstas y aquellas funciones teatrales y lecturas consagrada al alivio de cualquiera clase de desgraciados del pueblo. Unas veces se avisa por la prensa que tal casa ofrece alimentos para cuantos pobres llamen a sus puertas durante dos semanas; tal otra ofrece pan o combustible por uno, dos y aun tres meses consecutivos; en fin, las suscripciones y las limosnas se organizan, se acumulan, y la caridad despliega toda la energía que necesita al frente de la marea inquieta y temible de la población obrera agitada por los vientos helados de la miseria y la exasperación (!).